

ANDALUCÍA MITICA (III) / PEÑA DE ARIAS MONTANO (HUELVA)



REPORTAJE GRAFICO: J. F. FERRER

La peña sagrada

La de Arias Montano, abadía reunida de todas las magias que ya se adivinan cuando se llega desde Aracena, por una carretera cubierta por árboles como manos

LUIS MIGUEL FUENTES

PEÑA DE ARIAS MONTANO.— Se abrazan a los árboles y a las rocas, los chicos hippies de cara sucia, de pies negros, de bicicletas rotas, de talismanes rozados por el sobaco, sencillos y sentimentales como gnomos, bebedores de energías cósmicas, de pequeñas electricidades del espíritu, el espíritu que es como la pila también muy sentimental que llevan en mochilas, sacas, bolsillos por el suelo, flautas chinas. Suenan al atardecer los tambores de los hippies, de la comuna que está allá abajo, los chicos y chicas que trenzan su pelo engarzándolo con constelaciones, que quieren el poder o la maternidad o la energía de la piedra sagrada, peña que junta a monjas y a nigromantes, a romeros y a cojos, a teósofos y a mario-netistas, y por eso se abrazan a los árboles y a las rocas, que les dan una fuerza fría y rugosa, que les transmiten sus ríos subterráneos y su magnetismo con hormigas, o se quedan en círculo alrededor de una encina, como aquellas mujeres raras que recuerda la ermitaña, haciendo en la noche de San Juan una pacífica merienda de brujas mudas o tejedoras.

El misterio tiene su tribu, que viene por la virgen chiquita de la ermita, tallada en un colmillo de elefante, o viene por encontrar fantasmagoras celtas, duendes respirando en los bosques, o la madre Gea con el vientre abierto y el tacto duro, allí en la peña que dicen de gran fuerza telúrica, que apelmaza un cristianismo de estilista, una espeleología del alma, un esoterismo arbitrario o desparramado. Es como si la magia tocara allí en un gran órgano de roca todos los diferentes tonos que capta el alma, que van de Dios al chacra, de la teología a la reflexoterapia.

La Peña de Arias Montano, abadía reunida de todas las magias que ya se adivinan cuando se llega desde Aracena, por una carretera cubierta por árboles como manos, de los que parece que vaya a caer en cualquier momento un druida. La peña, gigante de dureza alta musicalizada de fuentes y grutas, en equilibrio sobre el abismo del valle y sobre confluencias cósmicas que se le suponen, quizá porque la naturaleza es el primer misterio y cuando se muestra imponente y laberíntica, enseguida el hombre le asigna un tesoro o un encantamiento. Con esos pilares la religión o la hechicería salen solas como un eco de la misma montaña. Allí quedan huellas megalíticas, altares celtas de sacrificio, grutas donde se degollaban doncellas mirando al sol naciente (todavía se ve la piedra alimentada de sangre, engordada de muerte, muy gastada de rituales y de cuellos). Allí, buscando la respiración milenaria de los eremitas y su primera religión de piedra, o quizá los pasos de San Víctor, que nació abajo, en Alájar, vino a meditar el teólogo Benito Arias Montano, confesor de Felipe II, el español del Concilio de Trento, el traductor de la Biblia Políglota tachada de judeizan-



te, el perseguido por la Inquisición, y del que ha tomado su nombre el lugar como de un ciclista espiritual. En este lugar que ya venía señalado por los siglos como vórtice de lo sobrenatural, gran campana que llama a los espíritus reales o inventados, cuentan que saltan solas las alarimas de los coches y que se han fotografiado espectros doblando los barrotes de las ventanas.

«Quien busca la magia la encuentra sin que hagan falta eclipses repentinos ni que hable la peña por las noches»

Ahora, en la pequeña meseta que hace de balconada, la magia intemporal se ha catolizado y se levanta la ermita de la Reina de los Angeles, con su campanario separado, la Espadaña, que marca blancamente el borde del precipicio como el punto de partida del vuelo de las almas. Abajo, en el talud, la entrada de la gruta del Palacio Oscuro, donde viven murciélagos cavernícolas, como en unos Cárpatos marianos. «La altura, las grutas, los manantiales, la presencia de la Virgen, esto es algo que se repite en todos los grandes santuarios de España, como Covadonga», dice Maribel, que es la ermitaña, que en estos tiempos ya significa otra cosa. Ella y su marido, Modesto, viven con sus hijos bajo los mismos techos que acogieron a Arias Montano, unas habita-

ciones que todavía parecen de monja, con unos muebles como confesionarios.

Ella cuida la ermita contratada por la Hermandad y vende recuerdos en un puestecito fuera para los visitantes de diferente atuendo y religiosidad. Modesto trabaja en la mina de Real de la Jara y, curiosamente, cuando era joven y su padre tenía una barbería en Alájar, llegó a afeitar y a cortar el pelo al teósofo Antonio Alonso Vital, el último de los guardianes de los secretos de la Peña, al que llamaban en el pueblo 'El Sabio', y que, según cuentan, llegó a recibir visitas de Adolfo Suárez y Felipe González, igual que Arias Montano recibía a Felipe II.

«Aquí viene gente católica y otra gente interesada en lo telúrico —explica Isabel—. Hay sitios a los que vas, te parecen bonitos y ya está. Pero éste es un sitio al que la gente tiene que volver, me lo dicen. No saben por qué vuelven, pero sienten la necesidad de volver». Maribel señala al campanario, al que llaman el Faro de la Peña y hacia el que reza toda la cuenca minera como hacia La Meca. «Aquí llegó el mismo Dalai Lama, una vez que vino a unas conferencias a Huelva —recuerda Maribel—. Se llevó mucho tiempo en el campanario, y dijo que había un punto muy fuerte de energía allí. La gente llega y, no se sabe por qué, pero van para el campanario. Es que no te vas sin mirar ahí». Y eso le parece otra prueba del misterio del lugar, pero quien busca magia la encuentra sin que hagan falta eclipses repentinos ni que hable la peña por las noches.

Mañana, Gibraltar. 'La columna de plata'

La huella de los templarios

La Peña de Arias Montano da senderismo, fe, bautizos, zahories y milagros. Relata Maribel el que llaman milagro de Gibrleón, una niña que cayó por el precipicio buscando una pelota y se salvó. «La Reina de los Angeles es de una gran devoción por aquí, sobre todo en Alájar», dice. La ermita marca toda la vida del alajeño: nace el niño, y viene la madre con el niño, lo pasa por el manto y se lo presenta a la Virgen. Le pasa cualquier cosa, se tiene que operar, entra en el instituto, y una velita a la Reina de Los Angeles. Que se casa, pues es en la ermita. Todos los acontecimientos importantes pasan por aquí». Una joven pareja, Abraham y Angeles, ha venido precisamente para poner una vela porque el chico se opera al día siguiente. Aprovechan también para cumplir otro ritual de la Peña de Alájar: pasar por el Arco de los Novios, un arco románico frente a la entrada de la ermita que asegura el matrimonio a los novios que pasen por él. «Pero toda la cuenca minera le tiene mucha fe a la Virgen, buscan el faro para rezar, y hay casos de enfermos que piden en el hospital una habitación desde la que se vea el faro de la Peña».

En este territorio para espectros y arrodillados, no podían faltar tampoco los templarios. «Donde hay agua, cuevas, altura, están los templarios», asegura Maribel, que se ha preocupado de estudiar la historia del paraje. Templario se dice el castillo que domina Aracena, apenas a 12 kilómetros, justo sobre la Gruta de la Maravillas, que es como la casa de un dragón muy frío. Sus cuevas serían un refugio inigualable en época de persecuciones. Prueba también de la presencia del Temple le parece a Maribel la misma talla de la Virgen de los Angeles. «La imagen de la virgen es del siglo XII, de influencia francesa, y es muy pequeña, 36 centímetros. Esas eran las imágenes que los templarios llevaban en las cabalgaduras y abandonaban en cuevas o en pasos de rebaños, para que el pastor fuera corriendo a decir que la Virgen se había aparecido». Luego, especula un poco más: «Y San Víctor, que nació en Alájar, está enterrado en un monasterio de Francia, en un convento de la orden de San Bernardo, precisamente el que hizo la regla de los templarios. Es un círculo muy curioso».

Todos los círculos llevan a la magia, o es que el hombre busca la magia en todos los círculos. En la sierra de Aracena, la noche parece esperar a faunos, a monjes aparecidos o a vírgenes fluorescentes. Quien los busque, los encontrará seguro.